

SEGUIR A JESUCRISTO EN LA IGLESIA *
APLICACIONES DEL DOCUMENTO DE LOS OBISPOS VASCOS
A LA CATEQUESIS DE JÓVENES

JOSÉ SANMARTÍN
Pamplona

I. INTRODUCCIÓN

Es costumbre arraigada que, todos los años al llegar la cuaresma, los obispos vascos escriban una extensa Carta pastoral en torno a un tema que consideran candente o digno de reflexión para los miembros de sus diócesis. Sin embargo, la calidad de estos documentos les ha hecho, a menudo, traspasar los límites de sus Iglesias locales y ser una invitación a la reflexión y conversión para todos aquellos que aprecian este servicio.

Seguir a Jesucristo en esta Iglesia es una Carta que tiene como tema de reflexión la Iglesia. Su talante dialogal y fraterno, su tono optimista, su lenguaje claro y directo y su contenido sencillo —en la línea del Concilio— la hacen, a mi entender, un documento cualificado para una catequesis de jóvenes sobre la Iglesia.

El contenido de la Carta clarifica lo que entendemos cuando decimos Iglesia y también ayuda a discernir la calidad de la adhesión eclesial de todo cristiano. Siendo este aporte la suficientemente valioso, lo que más la hace aprovechable para una catequesis es que toma en serio las dificultades que plantean los hombres y mujeres de hoy a la hora de vincularse

* *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia* es una carta pastoral que los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria escribieron con motivo de la Cuaresma y Pascua de resurrección del año 1989. Para citar la carta utilizaré el número de página del libro recopilador de todas los documentos de los obispos vascos: *Al servicio de la Palabra. Cartas pastorales y otros documentos conjuntos de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria* (Bilbao, EGA, 1993).

a la Iglesia y de reconocerse miembros activos de ella. Desde el respeto, la acogida y el diálogo, los obispos vascos ofrecen la mano e invitan a todos a la conversión. Conversión de pastores y demás miembros de la Iglesia para que su rostro sea signo del Reino. Y conversión de los que, habiendo escuchado la llamada de Jesús hacen de la humanidad de la Iglesia un pretexto para rehuir la respuesta.

El documento está jalonado por pistas concretas que ayudan a una iniciación cristiana de jóvenes que no se reduce a la adquisición de contenidos, sino que pretende ser "formación y noviciado... de toda la vida cristiana" (AG 14), que en definitiva es la propia vida de la Iglesia.

II. OBJETIVO DEL DOCUMENTO Y SINTONÍA CON LA CATEQUESIS DE JÓVENES

Como he dicho, considero que el documento es un buen instrumento para una catequesis de jóvenes sobre la Iglesia en el contexto de la iniciación cristiana. El objetivo de la Carta coincide con una de las metas de la catequesis: fomentar la adhesión a la Iglesia.

1. *Razón que motiva el documento*

La Iglesia es sacramento permanente del misterio salvador de Dios, realizado en Cristo, en favor de todos los hombres. Aquellos que quieran incorporarse al seguimiento de Jesús y su tarea salvadora necesitan adherirse a la Iglesia, signo de su presencia.

Esta convicción, en la actualidad, está puesta en entredicho. Para muchos la Iglesia no sólo no es camino, sino que es motivo de escándalo que dificulta su adhesión a Dios. Esto se constata en el modo de vivir la fe de muchos creyentes. Los obispos vascos expresan así esta constatación:

La Iglesia concreta parece resultar para bastantes contemporáneos una estrella apagada que no conduce a la fe e incluso para algunos un contra-signo que entorpece el itinerario de los hombres y mujeres de hoy hacia el encuentro con Jesucristo (p. 722).

En palabras de *Lumen gentium*, la dificultad radica en que para la mirada de muchos contemporáneos nuestros, creyentes o no, la Iglesia ha dejado de ser en "Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).

Este obstáculo, que encuentran muchos hombres y mujeres adultos, lo es de modo particular para los jóvenes. Su deseo de perfección y su sentido crítico les hace especialmente adeptos a esta posición. Cuando los catequistas afrontan en la catequesis este núcleo de nuestra fe, encuentran en la propuesta de pertenecer a la Iglesia la roca de escándalo que muchas veces frustra la tarea de iniciación de los jóvenes.

2. Niveles actuales de adhesión eclesial

La Carta pastoral, lejos de rehuir el reto señalado, hace, en su capítulo primero, una tipología de grupos según sus niveles de adhesión. Éstos son: el de la adhesión renovada, el de la adhesión "fiel y silenciosa", el de la adhesión "crítica y tensa", el de la adhesión dolorida y nostálgica, el de la adhesión desvanecida y el grupo de la adhesión inexistente.

En el análisis que los obispos vascos hacen de estos grupos hay un esfuerzo por reconocerlos y acogerlos en sus posicionamientos. Descubren los aspectos positivos de sus diversas posturas, a la vez que intentan "comprender el porqué de su lejanía" respecto a la Iglesia. Sin embargo, desde el espíritu de diálogo, no dejan de señalar los aspectos que les están impidiendo la plena adhesión y "las graves consecuencias que esta desconexión tiene para la fe que aún mantienen" (cf. p. 725).

Los rasgos positivos que subyacen en los actuales modos de adhesión a la Iglesia son varios. En primer lugar, los obispos valoran la "adhesión no sólo sana y robusta, sino lúcida y activa, de una porción de la Iglesia, compuesta mayoritariamente de laicos". Adhesión que pasa por el "recio sentido de pertenencia y el vivo afecto" probado en múltiples dificultades y expresado en multitud de signos. Señalan en otros cristianos "el deseo de una Iglesia más conforme con el Evangelio, más dialogante con el mundo, más cercana a los pobres y más preocupada por la paz"; en muchos casos, este deseo lleva a una "crítica purificadora que somete a la Iglesia a un humilde, provechoso y purificador examen de conciencia". En el último grado de adhesión no dejan de ver, en la "inquietud religiosa" actual, un "activo precioso para que pueda seguir resonando en el interior del hombre la propuesta de la fe cristiana" (cf. pp. 732s).

Por contra, la Carta pastoral señala tres aspectos preocupantes que someten la adhesión eclesial a un proceso de desintegración:

– "La fragmentación y reducción de la adhesión católica", que propicia un cristianismo a la carta. Síntomas de este fenómeno son: la selección

que hacen los creyentes, según su propio criterio, de los diferentes elementos del mensaje; la falta de correspondencia entre normas eclesiales y pautas de comportamiento; la escasa confianza en la Iglesia y, más concretamente, en sus pastores; y, por último, el descenso drástico de la práctica religiosa. Una vez descrito el fenómeno, los obispos encuentran sus causas tanto en el comportamiento de la misma Iglesia como en factores de índole cultural: el valor destacado de la subjetividad, con la consiguiente crisis de adhesiones globales, y la crisis religiosa, que comporta siempre una crisis de adhesión eclesial (cf. pp. 733-736).

– "El déficit de aliento colectivo", que afecta "de manera muy viva a los núcleos eclesiales más implicados". Amplios sectores eclesiales van perdiendo la conciencia de su misión por el convencimiento de no estar a la altura de ella y, lo que es peor, sin fuerzas para cambiar esa tendencia. En expresión de los obispos, "la comunidad tiende a que le dejen vivir en el mundo, y no tanto a hacer vivir al mundo" (cf. p. 737).

– "La crítica social e intraeclesial". En la base de esta crítica está el pecado de la Iglesia y el proceso de emancipación que la sociedad realiza respecto a la tutela que la Iglesia ejercía en tiempos anteriores. Como resultas, la crítica que se ejerce no siempre se realiza desde el equilibrio, sino desde "la antipatía, el resentimiento y, últimamente, el menosprecio" que airean los medios de comunicación. Así se valora en la Carta este fenómeno: "por un lado orienta y estimula a la reforma y a la conversión; por otro desmoraliza y agría el ambiente eclesial" (cf. pp. 737-739).

Este primer ejercicio de diálogo, que hemos descrito, es muy positivo como punto de partida para una catequesis con jóvenes sobre la Iglesia. Los jóvenes, lejos de sentirse rechazados y extraños por parte de los obispos, se sienten reconocidos en sus diferentes posturas. Fruto de esta valoración, resulta más fácil la invitación a cubrir las lagunas de su adhesión eclesial. Máxime cuando esta tarea atañe, no sólo a ellos, sino también a la propia Iglesia. Ella está instada a responder a las críticas purificadoras con un deseo de conversión.

3. *La adhesión eclesial, objetivo de la Carta pastoral*

La adhesión eclesial, con sus luces y sus sombras, sus principios inspiradores y sus aplicaciones concretas, va a ser, pues, el objeto central de nuestra comunicación (p. 723).

Una vez discernida la adhesión eclesial de los cristianos, sus luces y sus sombras, los obispos se disponen a "suscitar aquella adhesión eclesial postulada por la naturaleza y la misión de la Iglesia" (p. 724). Éste es su objetivo: en unos suscitar y en otros ayudar a purificar una adhesión que, para poder hablar con propiedad, debe estar caracterizada por los siguientes rasgos:

Una adhesión cristiana, igualmente alejada de la mitificación y de la descalificación. Una adhesión lúcida y serena que sepa ver críticamente sus luces y sombras con objetividad y con equilibrio. Una adhesión cálida que ame a la Iglesia concreta y real con el afecto del corazón, como a un patrimonio que le pertenece. Una adhesión fiel que acoja e interiorice el mensaje y el proyecto de su Iglesia. Una adhesión activa que contribuya con toda la persona a hacerla más "respetable" y más "amable" (p. 724).

Este objetivo es uno de los centrales en toda catequesis sobre la Iglesia, y es lo que hace del documento un buen instrumento para la catequesis de iniciación cristiana en general y de jóvenes en particular. La Carta pastoral ayuda a situar a los jóvenes tanto frente a su opción de fe como frente a su responsabilidad para purificar el rostro de la Iglesia como miembros que son de ella.

Los obispos vascos, en el cap. III, señalan el sentido y el alcance de esta adhesión o, dicho de otra manera, de la fe en la Iglesia. Parten de una sencilla y clara confesión de fe: "creemos en la Iglesia", y antes de describir las notas que integran esa afirmación de fe, pasan a señalar los límites de dicha confesión:

Creemos en la Iglesia. Pero no creemos en ella como creemos en Dios. Sólo Él es el Tú absoluto que se nos entrega de manera plena, gratuita e irrevocable en Jesucristo y, por tanto, reclama y merece nuestra fe en el sentido fuerte de esta palabra. Sólo a Él brindamos nuestra adhesión creyente como confianza radical y entrega total. Creer en la Iglesia no equivale tampoco a un acto de confianza en su vitalidad, su salud institucional, en su brillante porvenir en la sociedad. No equivale a comprobar que "goza de buena salud" y a alegrarnos de este diagnóstico. Ni equivale a ignorar, ocultar o disculpar sus debilidades y pecados (p. 740).

Las aclaraciones que la Carta hace en este párrafo, son especialmente útiles para dar una buena orientación a los catequistas de jóvenes. Siempre que se enfrentan a la catequesis sobre esta dimensión fundamental de la fe, parece que les tiembla el pulso.

Confunden una catequesis que ayude a desvelar el misterio de la Iglesia con un esfuerzo apologista que, en el fondo, descubre la misma debilidad de su fe. El dibujo que los obispos hacen del "sentido y alcance de nuestra fe en la Iglesia" es muy útil para clarificar los objetivos que deben perseguir los catequistas de jóvenes en la catequesis sobre la Iglesia.

Éstas son las notas que señalan (cf. pp. 740-744):

– "Creer en la Iglesia es descubrir su verdadero misterio", revelado por el propio Dios. Por tanto supone, de modo inexcusable, creer en Dios y en su palabra, que descubre lo que es la Iglesia más allá de nuestra mirada.

– "Creer en la Iglesia es aceptarla como espacio de salvación", es "reconocer con gratitud y con asombro que este espacio limitado y manchado es al mismo tiempo espacio en el que acontece la salvación" de Dios en Jesucristo de modo explícito.

– "Creer en la Iglesia es aceptarla como medio de salvación". La Iglesia no es sólo espacio donde acontece la salvación: es mediación por la cual nos viene la salvación. "Cristo está continuamente generando y regenerando a la Iglesia, sobre todo por la palabra y los sacramentos, que son acciones salvadoras del Señor realizadas por medio de la Iglesia. Su Espíritu está permanentemente activo en ella, suscitando carismas que la hacen fecunda y enriquecen al mundo".

– "Creer en la Iglesia es aceptarla como sujeto primordial de la fe". Aunque creer es un acto personal y libre, ningún cristiano profesa la fe de modo autónomo y subjetivo. "Creer en la Iglesia significa, en consecuencia, aceptar mental y vitalmente que la propia fe es participación en la fe de la Iglesia", una fe en la cual nos precede y permanentemente nos engendra.

– "Creer en la Iglesia es aceptarla como necesaria y relativa". Sin ella, Cristo, su mensaje y proyecto salvador se desvanecería poco a poco, al aire del subjetivismo. Divinizada, dejaría de ser instrumento del Reino, para ser pantalla que ocultaría la obra de Dios. "La relatividad de la Iglesia le mantiene en su puesto humilde y servicial. Le impide sucumbir a la tentación de convertirse en fin de sí misma, de identificarse con el Reino, de adoptar ante el mundo actitudes arrogantes, recelosas o competitivas".

Una vez señalado el sentido y el alcance de la fe en la Iglesia viene el cuerpo del documento. La Carta pastoral pretende ofrecer pistas que ayuden a discernir la calidad de la adhesión

III. ALGUNOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LA ADHESIÓN ECLESIAL

Estos criterios son resultado del diálogo que los obispos establecen con los hombres y mujeres de hoy. Diálogo que brota del deseo de mejorar y suscitar la fe en la Iglesia y sale al encuentro de las dificultades que tienen los creyentes para su adhesión eclesial. Al hilo de este diálogo, hay reconocimiento del propio pecado y de las dificultades de nuestra cultura; hay llamada a la autocrítica e invitación a superar posturas previas.

La presentación e invitación a acoger el misterio de la Iglesia se hace a modo de paradoja. Así queda transparentado tenuemente el misterio amoroso de Dios que le envuelve y es estímulo para la conversión de todos. La paradoja es un lenguaje especialmente eficaz para los jóvenes. Éstos, la mayor parte de las veces, tienen una visión reduccionista de las cosas que, además, absolutizan. La presentación paradójica de los criterios que articulan una real y sana adhesión eclesial les ayuda a salir de sus dogmatismos y a percibir las deficiencias de su adhesión. A la vez manifiesta la realidad de la Iglesia, que condensa en sí misma elementos tan diversos que pueden parecer contradictorios.

1. *Una Iglesia visible y espiritual*

Jesús quiso una Iglesia visible..., quiso un pueblo, no una pura comunidad espiritual... Sin este rostro visible y tangible no podría la Iglesia responder a su vocación. Ella está llamada a ser signo del Reino de Dios, del amor de Dios a la humanidad, de la fraternidad humana (p. 745).

Y, sin embargo, es ese rostro visible, condición para la fe, el motivo de escándalo para muchos creyentes, entre los que se encuentra la gente joven.

El documento parte de que el carácter institucional, sin ningún género de dudas, forma parte del ser más profundo de la Iglesia. Lo muestra el hecho de que en las primeras comunidades cristianas ya hubiera "inegables rasgos de institución". La "comunidad deficiente, institucional,

limitada, es necesaria para que hoy podamos nosotros adherirnos al Resucitado y encontrarnos con Él... He aquí precisamente la razón de ser de la institución: estar al servicio de la vida de la Iglesia" (p. 746).

Esta afirmación taxativa no impide a los obispos vascos reconocer que hoy, en muchas instancias institucionales, se da la tentación de poner en sí mismas la seguridad. Animadas por esta dinámica, se endurecen y hacen dejación de su vocación como servidoras de la vida del Espíritu.

Los obispos destacan que la "institución y carisma nacen en la Iglesia del mismo Espíritu, que actúa a través de ambos para que el conjunto de la comunidad sea el signo y la mediación adecuada de salvación" (p. 747). Y afirman tanto la necesidad de reconocer que todo carisma del Espíritu necesita su institucionalización, con la consiguiente "marca de lo demasiado humano", como que la institución está llamada a renovarse bebiendo permanentemente del agua del Espíritu que le da vida.

2. *Una Iglesia santa y necesitada de purificación*

No resulta novedosa la constatación del pecado en la Iglesia; es tan antigua como su propia historia. Aparece siempre que se da "el desacuerdo entre sus opciones y las opciones fundamentales de Jesús". La Carta pastoral invita a descubrir este desacuerdo radical en todos los niveles de Iglesia: en la vida de todos sus miembros; en los diferentes colectivos que la integran; en los mismos entresijos de sus instituciones.

Si el pecado es siempre motivo de escándalo, ya que contradice la vocación de la Iglesia, lo es más cuando la comunidad cristiana toma ante él actitudes distintas de la conversión. A veces "puede ignorarlo o disculparlo interesadamente", otras puede resignarse pasivamente ante él como una fatalidad. Entonces se instala en la mediocridad, que es una "fragilidad pactada... La fragilidad mancha el signo; la mediocridad lo vuelve opaco. La santidad incluye la fragilidad, pero excluye la mediocridad" (p. 749).

La invitación que hacen los obispos a reconocer en signos discretos la santidad de la Iglesia —en sus miembros, grupos y en las mismas estructuras— resuena a la misma altura que la invitación que hacen a todos sus miembros a responder con coraje a dicha vocación.

Hecho este llamamiento, la Carta pastoral acoge y valora la crítica como instrumento de purificación de la comunidad cristiana y para conocer cómo la percibe la sociedad, ante la cual quiere ser signo.

Se termina este punto señalando que la crítica intraeclesial debe partir siempre de la confrontación entre la Iglesia y el Reino diseñado por la Escritura. Reino al cual sirve y con el que no se identifica plenamente. Los obispos describen los criterios para que una crítica sea cristiana (cf. p. 750): "ha de situarse inequívocamente dentro de la Iglesia"; quien la haga "ha de considerarse sinceramente pecador y causante solidario de la situación real de la Iglesia...; debe nacer del amor a la Iglesia, y no de otras afiliaciones; y —por último— la crítica ha de ser realista".

3. *Una Iglesia variable e inmutable*

La Iglesia tiene un corazón inmutable, ya que "Jesucristo es la revelación y la comunicación plena y definitiva de Dios a la humanidad... Él abre el surco y traza la trayectoria de la Iglesia futura. Las comunidades del Nuevo Testamento, presididas por los apóstoles y asistidas por el Espíritu Santo, recogen estas intenciones de Jesús y las plasman en una experiencia y en una doctrina que en sus líneas esenciales es constituyente y normativa para toda la Iglesia de todos los tiempos" (p. 752). Los obispos recuerdan que quien garantiza la identidad y autenticidad de esta tradición apostólica es el ministerio episcopal y el del sucesor de Pedro.

Esto no quiere decir que la Iglesia, cuando entra en diálogo con las diferentes culturas de los pueblos a los que quiere evangelizar, no deba verter en categorías significativas lo inmutable del mensaje. Esta necesidad es exigencia irrenunciable que surge de la encarnación del Hijo de Dios y del propio misterio de la Iglesia. Además, "afectada por el pecado y movida por la conversión, necesita no sólo renovarse, sino también purificarse constantemente" (p. 752).

Desde esta perspectiva, los obispos vascos hacen una exhortación a los distintos grupos a enriquecerse mutuamente, desde sus sensibilidades y subrayados, buscado el "rostro completo de Cristo" y evitando todo sectarismo.

4. *Servir al mundo y construir la comunidad eclesial*

La Iglesia se debe al Señor que la llama, al mundo al que es enviada y al Reino que anuncia y promueve en el corazón del mundo. No tiene más dueño que el Señor. Pero sirve al Señor sirviendo al mundo. Y el servicio que ha de ofrecer al mundo es contribuir a que sea transformado en Reino (p. 754).

Tras estas bellas palabras, que ponen en claro las tres referencias fundamentales de la Iglesia —el Señor, el Reino y el mundo—, los obispos alertan a los cristianos frente a las tentaciones de eclesiocentrismo, y de una presencia inespecífica en medio de nuestra sociedad. Ambas tentaciones no responden a la misión que tiene encomendada la Iglesia: una porque consiste en conservarse a sí misma olvidándose de la tarea encomendada; otra porque los cristianos y las mismas plataformas eclesiales se diluyen en la sociedad, sin aportar la fuerza del evangelio.

La Carta hace una exhortación a combinar, dentro de las comunidades eclesiales elementales, compromisos intraeclesiales y compromisos cívicos. Ambos se complementan en el servicio al mundo; una comunidad cristiana por el hecho de serlo, ya sirve a la sociedad, pero necesita de miembros que hagan realidad el evangelio en los entresijos de la historia. Por otro lado, constituyen un medio para enriquecer y completar la experiencia cristiana.

5. Una Iglesia en comunión y en contradicción con el mundo

Especial atención prestan los obispos a este punto. Puestas las bases en el anterior, dibujan cómo debe situarse la Iglesia y sus comunidades en un mundo que cada vez tiene menos lazos que la vinculen —aun remotamente— con ella. "La Iglesia sigue sintiéndose enviada a todos. Estimulada por esta convicción, repiensa el contenido de su misión... reformula su misión en términos de fidelidad a la palabra de Dios y de adaptación a la situación actual" (p. 756).

La Carta vuelve su mirada a las comunidades del Nuevo Testamento para descubrir que la fidelidad al evangelio y al diferente espíritu que las animaba, junto con la voluntad decidida de servir a la sociedad, fue lo que las hizo "mantener la identidad en este mundo, ofrecerle una base alternativa sobre la que construir la vida en sociedad e invitar a todos, sobre todo por el testimonio, a formar parte de la comunidad eclesial" (p. 757).

Esta mirada iluminada por la Escritura, ayuda a la Iglesia actual a reformular su misión en la sociedad. Así lo dicen los obispos:

La existencia de un denso estrato de población desvinculada de la comunidad cristiana y de la fe, nos ayuda a asumir más conscientemente el mundo como mundo, como diferente de la Iglesia, como magnitud aparte, como interlocutor ineludible para descubrir concretamente y realizar adecuadamente su misión en la historia. Nos previene contra toda tentación

intervencionista, contra toda actitud paternalista, contra todo reflejo corporativista. El reconocimiento y respeto a la alteridad del mundo están llenos de consecuencias (p. 757).

Este respeto al mundo no supone complejo alguno de la Iglesia ante él. Al contrario, pone las bases para encontrar lo propio de su misión animada por el amor.

Este apartado sobre los criterios de discernimiento de la adhesión eclesial termina señalando los elementos fundamentales que articulan la misión de la Iglesia hacia el mundo.

– "El anuncio explícito de Jesucristo" no sólo con palabras, sino con una vida de servicio que manifieste el afecto y el interés que Dios ha manifestado en su Hijo por nuestro mundo. Esto por encima de la respuesta que éste dé (cf. p. 758).

– En definitiva se trata de que la Iglesia acentúe su "vocación de sacramento del mundo, es decir, de realización anticipada e imperfecta de aquello que la totalidad del mundo está llamada a ser cuando llegue a su maduración definitiva" (p. 758).

– Esto lo realiza colaborando con el mundo, "colaborando con la fuerza –del Espíritu– de salvación operante en la historia". Y entrando en contradicción con el mundo en lo que tiene de pecado, de oposición al plan del Reino que Dios tiene para él (cf. p. 759).

Terminada esta presentación paradójica de los criterios de discernimiento de la adhesión eclesial, podemos descubrir cómo ella facilita una lectura detenida y posterior comentario en grupo y cómo los jóvenes se reconocen en algunos de los rasgos señalados y a la vez se sienten interpellados en las deficiencias de su adhesión.

Además, como la adhesión eclesial aparece en toda su complejidad, facilita el rehuir la tentación de ofrecerla a la consideración del joven como conquista o como un favor que se hace a la Iglesia. La fe en la Iglesia es don que Dios hace:

Adherirse a la Iglesia no es, pues, primordialmente, prestarle un servicio o responder a una obligación. Es recibir el don de pertenecer a ella y de interiorizar la salvación de Dios a través de ella (p. 761).

Esta advertencia es especialmente útil para la catequesis de jóvenes. Éstos, en muchas ocasiones, pretenden hacer de su adhesión a la Iglesia un acto exclusivo de su voluntad y un favor que hacen a la comunidad cristiana. Llevados por su carácter utópico, se consideran reformadores,

cuando no inventores de la misma Iglesia. En muchas ocasiones, los catequistas favorecen esa perspectiva, ya que encuentran en este reto la motivación necesaria para afrontar una tarea extremadamente difícil!

Es camino cerrado y generador de muchas frustraciones. Sólo la contemplación y acogida del misterio de la Iglesia en todas sus aristas, sólo el reconocimiento de que ser cristiano y miembro de la Iglesia es don de Dios, es lo que hace posible que la adhesión de los jóvenes se transforme en tarea y perdure en el tiempo.

IV. LA TAREA PARA RENOVAR LA ADHESIÓN ECLESIAL

Una vez que la Carta ha retratado la situación y ha formulado los rasgos que dibujan una adhesión eclesial madura, los obispos señalan los elementos que deberían integrar la actitud de conversión. Estos elementos quieren orientar tanto la actitud de conversión de la propia Iglesia como la de aquellos que se han adherido o quieren adherirse a ella. Son tareas permanentes que no se realizan en un momento. Son compromisos que un cristiano debe tener siempre presentes para responder al don que Dios le ha hecho cuando le ha convocado a su pueblo santo. Esta presentación es sugerente para la catequesis de jóvenes, ya que éstos siempre esperan la realización rápida de los proyectos. El "aquí y ahora" de todo.

1. *La propia Iglesia debe purificarse*

Para que la Iglesia pida con autoridad su reconocimiento como signo del Reino de Dios, ella debe estar dispuesta a purificar permanentemente sus modos de ser signo. No puede permitir que su ser signo quede desfigurado por sus infidelidades. Así, los obispos inician este último capítulo invitando a toda la Iglesia —creyentes, comunidades, instituciones eclesiales— a la purificación de su rostro.

La purificación viene por la conversión:

Convertirse significa para la Iglesia profundizar en sus opciones fundamentales: la pasión por Dios, la fraternidad entre sus miembros, la inquietud evangelizadora, la voluntad de servicio a la sociedad, la debilidad con los pobres. La comunidad cristiana en todos sus niveles descubre sus infidelidades cuando se mira en el espejo de estas grandes opciones. Y en ese mismo espejo encuentra las pistas para su conversión (p. 763).

Desde las grandes opciones evangélicas, la Iglesia puede superar las grandes tentaciones que este tiempo complejo y difícil le propone: la obsesión por la propia subsistencia o la inclinación a mundanizarse; el individualismo o la pasividad; el miedo que nos acompleja o nos hace agresivos; el corporativismo; y, por último, el afán de honores y la afición al dinero (cf. pp. 763-764).

Estas grandes opciones, la comunidad eclesial debe concretarlas en pequeños signos que, impregnados de espíritu evangélico, manifiesten el gran signo que es la Iglesia (cf. pp. 764-767):

– "El signo de la acogida". Acogida hecha desde la gratuidad que se manifiesta en "la actitud cercana, en la aceptación incondicional, en la escucha sosegada y en la ofrenda generosa de nuestro tiempo".

– "El signo de la calidad humana y cristiana de nuestros servicios..., marcados por la motivación evangélica, la dedicación, la competencia, la apertura a los desheredados, el espíritu de participación y de simplicidad".

– "El signo del testimonio 'capilar' de los cristianos": cada creyente, encarnado en el espesor de la vida y dando testimonio del evangelio, es para sus conciudadanos presencia de Iglesia.

– "El signo de la 'verdad' de los sacramentos", donde se pone de manifiesto la verdad de la fe que se celebra y el vigor de la comunidad cristiana que la celebra.

– "El signo de los pastores". Los obispos vascos hacen una sincera autocrítica sobre la escasa cercanía que muchas veces manifiestan hacia el pueblo de Dios y reconocen la necesidad de purificar el modo de vivir su ministerio para ser mejor signo del Buen Pastor ante la comunidad cristiana, ante cercanos y distantes. Los rasgos del Buen Pastor que quieren desarrollar son: "la abnegación por la comunidad, la esperanza apostólica, el desinterés y la voluntad de seguir creciendo".

– "El signo de las comunidades vivas". Éstas son el signo donde mejor resplandece la Iglesia. La Carta pastoral las invita a tener como modelo las comunidades de la era apostólica retratadas en el Nuevo Testamento. Los obispos están persuadidos "de que sólo unas comunidades fuertes, de vida intensa e incluso exigente, podrán ser para la gran mayoría de creyentes hogar que los alimente para la ruda tarea de un vivir diario en condiciones difíciles para la fe". La experiencia de comunidades vivas es siempre el primer escalón que introduce en la experiencia de la

Iglesia. Buena advertencia para aquellos que tienen como tarea el iniciar a los jóvenes a la vida eclesial.

Una vez señalados los elementos y tareas que ayudan a purificar el rostro de la Iglesia, los obispos concluyen este apartado llamando la atención sobre la necesidad de purificar la imagen eclesial que está en el ambiente. No se trata de maquillar o falsear la imagen de la Iglesia, sino de que la imagen social corresponda con la realidad. Todos los creyentes somos llamados a ser claros y ofrecer el rostro verdadero de la Iglesia.

2. *Los elementos de la adhesión eclesial que han de ser cultivados*

Ya hemos señalado más arriba que la adhesión a la Iglesia es gracia, pero es también tarea. Los obispos vascos concluyen el documento señalando los caminos que conducen a suscitar, sanar o robustecer —según el caso— la fe en la Iglesia (cf. pp. 770-780).

Estas claves son fundamentales en un proceso iniciatorio. La iniciación libra a la vida eclesial de la tentación de intelectualismo y ofrece pistas para un entrenamiento completo, progresivo e integrado en todos sus elementos. La riqueza de elementos que pone de manifiesto la Carta pastoral puede ser una invitación a los jóvenes a no devaluar su pertenencia eclesial y, a partir de que la catequesis se lo ponga de manifiesto, vivirla como un reto permanente.

Éstos son los elementos de la adhesión eclesial que, según los obispos, han de ser cultivados: en primer lugar, señalan que es imprescindible "conocer la Iglesia". Una buena catequesis puede ayudar a superar dos lecturas incompletas que llenan de prejuicios a muchos creyentes: la espiritualista, que idealiza la Iglesia sin reconocer sus aspectos visibles; y la materialista, que no es capaz de descubrir el misterio que la envuelve. Es necesario que todo creyente camine por una lectura espiritual de la Iglesia que responda a la verdad.

A la vez, una adhesión verdadera a la Iglesia debe estar impregnada por la estima: "a través de ella nuestra afectividad queda vinculada al objeto de nuestra adhesión". Componentes de la estima que los obispos invitan a desarrollar son:

— El *sentimiento de pertenencia* de orden recíproco: "nosotros pertenecemos a la Iglesia y ella nos pertenece". Este sentimiento se alimenta a través de experiencias reales y simbólicas de comunión, vividas en los tres niveles en donde la Iglesia se actualiza: la comunidad inmediata, la comu-

nidad diocesana y la comunidad universal. Es necesario que los creyentes valoren su pertenencia eclesial como un elemento fundamental de su identidad. Los obispos ven en ello el camino por el cual se puede dar una auténtica empatía entre los miembros y la comunidad eclesial.

– El *afecto y la confianza* en la Iglesia. El afecto se engendra sobre todo en la experiencia de haber sido y de ser querido. La sola memoria de la vida creyente de cada uno es evocación de la multitud de testigos, comunidades y signos de amor, por los cuales la Iglesia nos ha engendrado a la fe. El afecto facilita la confianza. "Esta confianza radical es como un fermento que, combinado con el afecto, va conquistando nuestro interior y generando en él una inicial actitud positiva ante el comportamiento de grupos eclesiales, de la comunidad entera o de sus pastores" (p. 775).

Por último, para que la adhesión sea verdadera exige el compromiso. Éste, a la vez que la manifiesta, la hace madurar. Los obispos señalan tres caminos por los que se desarrolla el compromiso del cristiano con la comunidad eclesial, la celebración de la fe, la conducta moral y el compromiso apostólico (cf. pp. 776-780).

– La *vida celebrativa* de la Iglesia, no deja de ser problemática para muchos creyentes; "sin embargo, las deficiencias reales no anulan ni el valor ni la necesidad de una vida celebrativa. Ella expresa incomparablemente que toda vida es ofrenda a Dios". En este contexto, la Carta pastoral destaca una práctica concreta que resulta vital para la existencia cristiana: la eucaristía dominical. Ella, "cumbre y meta de la vida cristiana", es un gesto permanente de fidelidad..., refresca nuestra identidad cristiana y eclesial..., asume la vida entera de la semana... y la convierte en ofrenda a Dios, compartida con los hermanos y avalada por Jesús... y hace presente, patente y operante en medio de nosotros el acontecimiento de su muerte y de su vida transfigurada y transfiguradora, que es el cimiento de la comunidad cristiana y la esperanza del mundo entero" (p. 777).

– Otro de los caminos por el cual se avanza en el compromiso con la Iglesia es la *conducta moral*. La aceptación, por parte del cristiano, de que sea la enseñanza y conducta moral del Señor, según lo enseña el magisterio de la Iglesia, el criterio de su comportamiento, indica un alto grado de adhesión. Los obispos reconocen que "la sensibilidad actual percibe muy negativamente el modo como se ejerce el magisterio". En gran medida se debe a que, sobre este punto, la adhesión de muchos se debate

entre una adhesión infantil, carente de conciencia personal, y una adhesión adolescente que se ve tentada a oponerse sistemáticamente a toda norma. La Carta pastoral invita a caminar hacia una adhesión adulta, que "recoja y haga suyos con fidelidad religiosa, motivada por la fe, los grandes valores morales contenidos en el magisterio de los pastores... y acoge también con espíritu abierto las aplicaciones de tales valores que la doctrina moral de la Iglesia hace a los comportamientos concretos" (pp. 778s).

— El *compromiso apostólico* del creyente es un modo de identificarse con la comunidad cristiana, que es, en primera instancia, la destinataria del mandato divino de evangelizar a todos los hombres. Para ello es tarea de todo cristiano "convertir la presencia —en los ambientes— en compromiso cristiano" e ir ampliando, en la medida de lo posible, ese trabajo por el Reino a través de un compromiso en plataformas que están al servicio real de la sociedad.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN

En la Carta pastoral de los obispos vascos *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia* podemos subrayar dos cosas:

La primera, el tono dialogante y claro que tiene. La adhesión eclesial es un tema fundamental para la iniciación cristiana y, a la vez, en nuestro tiempo, es tema polémico y difícil. La virtud de la Carta es que, desde su tono pastoral, rehúye el tono apologético y entra en diálogo con las diferentes posturas mostrando, al hilo de la discusión, las dificultades, rasgos, elementos y pistas para fraguar dicha adhesión. Este talante es especialmente útil para cualquier catequesis con jóvenes, sea sobre la Iglesia o sobre otro misterio de la fe.

Y la segunda es que la presentación del misterio de la Iglesia va dirigida no sólo a propiciar su conocimiento, sino a provocar y fortalecer la adhesión a la misma. No se ofrece una presentación "en sí" de la Iglesia —presentación más propia de un debate teológico— sino pistas que ayudan a la catequesis a lograr, de modo progresivo, una pertenencia cordial y activa a la comunidad eclesial. De este modo, se manifiesta el carácter complejo que posee la iniciación a la vida de la Iglesia, no restringible al elemento noético.